

**CARTAS A SU VECINA**

Marcel Proust

# Cartas a su vecina

Texto establecido y anotado por  
Estelle Gaudry y Jean-Yves Tadié

Prólogo de  
Jean-Yves Tadié

Traducción de  
José Ramón Monreal

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© del prólogo, los textos de Proust  
y el aparato crítico, Éditions Gallimard, 2013

© de la traducción, José Ramón Monreal, 2021

Procedencia de las imágenes:

De los facsímiles de las cartas: Colección privada /  
Musée des Lettres et Manuscrits, París

De las fotografías de las páginas 20, 22, 82: Colección Gérard Emeler  
De la fotografía de la página 91: © Hulton Archive/ Apic/ Getty Images

Fotografías de la cubierta:

Fachada del boulevard Haussmann, París

De esta edición:

© Editorial Elba, S.L., 2021

Avenida Diagonal, 579

08014 Barcelona

Tel.: 93 415 89 54

editorial@elbaeditorial.com

## ÍNDICE

Prólogo · 9

Nota a la edición francesa · 19

Nota a la edición francesa · 21

Correspondencia · 23

Apéndices · 93

Plano del apartamento ocupado por  
Marcel Proust de 1907 a 1919 en el número 12  
del boulevard Haussmann · 95

Índice de nombres y de obras  
y personajes de Proust · 97

## Prólogo

Ésta es una auténtica novelita que se sustenta en una sorpresa: el descubrimiento de estas veintitrés cartas enviadas a una dama (y tres a su marido) cuya existencia ignorábamos. Quiso la casualidad que la señora Williams fuese vecina de Marcel Proust, en el tercer piso del número 102 del boulevard Haussmann; el marido, el doctor Charles D. Williams, dentista americano, tenía su consulta en el segundo piso, encima del entre-suelo, es decir, sobre la cabeza del pobre Marcel: de ahí los muchos dramas vividos por este hombre con fobia al ruido.

No sabemos mucho de esta mujer. Nacida en 1855, de soltera Marie Pallu, se casó primero en 1903 con un tal Paul Emler, empleado en una compañía de seguros marítimos, de quien tuvo un hijo en 1904, que Proust conoció. Se divorció en julio de 1908, año en que se instala en el boulevard Haussmann. El dentista es su segundo marido (pero no el último). A través de las cartas de Proust, se nos antoja como una heroína de una novela de Maupassant, *Notre cœur*, por ejemplo: se sabe, por lo demás, que esta novela fue inspirada por la señora Straus, amiga de esta dama y de Proust y con la que guarda un extraño parecido, así como con Laure Hayman (como si Proust verificara en sí mismo la teoría según la cual se ama siempre el mismo tipo de mujer).

Sabemos lo que Céleste Albaret dijo de la pareja:

[En el piso de arriba] estaba el extraordinario Williams, el dentista americano. [...] El dentista era deportista, y salía todos los sábados con su chófer para ir a jugar al golf. Se había casado con una artista, muy distinguida, muy perfumada, que era una gran admiradora del señor Proust y se lo había dicho por escrito. Recuerdo que ella tocaba el arpa. Su apartamento estaba en el tercer piso, encima de la consulta de su marido. El señor Proust consideraba que formaban una pareja «dispar». Creo que nunca conoció personalmente a la señora Williams, pero mantenían una correspondencia y sé que él apreciaba el refinamiento con el que ella se expresaba en sus cartas.<sup>1</sup>

Una novela epistolar en la que los dos corresponsales rivalizan en estilo: «Por un gesto indulgente de generosidad —o por un juego de reflejos—, atribuye usted a mis cartas un poco de las cualidades que tienen las suyas. Las suyas son deliciosas, deliciosas de corazón, ingenio, estilo, “talento”», escribe Proust a la señora Williams, de la que no tenemos más cartas (como no contamos con las de los otros corresponsales de Proust, sin duda víctima de un triste auto de fe). Lo curioso es que estas cartas fueron intercambiadas entre vecinos, de un piso a otro, ¡y a veces por correo! En cualquier

1. C. Albaret, *Monsieur Proust*, R. Laffont, 1973, p. 382 [traducción española: Céleste Albaret, *Monsieur Proust*, trad. de Elisa Martín y Esther Tusquets, Barcelona, R que R, 2005, p. 380]. Sobre la señora Straus, que consideraba al doctor Williams, del que era paciente, el mejor dentista de París e insistía para que Proust lo consultase, véase la p. 104.

caso, Proust despliega con la señora Williams toda su seducción, hace brillar su humor, su cultura, su arte del cumplido. El escritor no sólo desea complacer a una vecina que posee la llave del silencio, sino que siente también por esa otra reclusa auténtica simpatía, un sentimiento de amistad, una especie de afecto, como si, invisible y presente, la señora Williams interpretase el papel materno de esa otra enferma, la señora Straus.

¿De qué tratan estas cartas? Del ruido ante todo, de los trabajos en el piso de arriba que torturan a Proust durante las horas de sueño y de trabajo. «Qué bien he hecho en ser discreto cuando quería usted que indagase si el ruido que oía por la mañana provenía de la instalación del agua. ¿Qué era éste al lado del de los martillos? “Un temblor de agua sobre el césped”, como dice Verlaine de una canción, “que no llora sino para agradaros”». <sup>2</sup> Proust engasta, efectivamente, cada una de sus observaciones en un símil humorístico al tiempo que procura un grado más de elaboración artística. Porque todo hace ruido, hasta los pintores que cantan como un tenor célebre. «Generalmente, un pintor, sobre todo si es de brocha gorda, se cree en el deber de cultivar tanto el arte de Giotto como el de Reszké. Éste, en cambio, calla mientras el electricista golpea. Espero que cuando regrese no se encuentre rodeada de nada que sea inferior a los frescos de la Sixtina...»

También se habla en las cartas de música, porque la señora Williams es una apasionada de la música y toca

2. Paul Verlaine, «Escuchad la dulcísima canción», en *Cordura*, trad. de Manuel Machado, Sevilla, Renacimiento, 2007. (*N. del T.*)

el arpa (quizá también el piano): «Clary me ha dicho que es usted una gran intérprete de música. ¿No podría alguna vez subir a escucharla? El cuarteto de Franck, las *Béatitudes* y los cuartetos de Beethoven (la única música que por lo demás tengo aquí) son el objeto de mi más nostálgico deseo».

El hombre que describe los espinos o las muchachas en flor, el admirador de *Parsifal*, de sus muchachas-flores y de sus *Encantos del Viernes Santo*, pone las flores en el centro de su amistad y de su correspondencia. Le envía unas pocas a la joven mujer y se abandona a una espléndida digresión sobre las rosas de otoño en poesía. Proust es consciente de ser el heredero de la tradición literaria del lenguaje de las flores. El hecho es que «todas las mujeres están teñidas con el rojo sangre de las rosas».<sup>3</sup> Reencontramos las flores en el título del segundo volumen de *En busca del tiempo perdido*, que Proust está en proceso de escribir. También demuestra su conocimiento de la poesía haciendo todo un pastiche de memoria del (antaño) célebre soneto de Arvers (citado en *En busca del tiempo perdido*). Es divertido ver a Proust atribuir este gusto por las citas poéticas al lacayo Périgot, en *El mundo de Guermantes*, que, al escribir a unos palurdos, «cuya estupefacción daba por descontada, revolvía sus propias reflexiones con versos de Lamartine, como hubiera dicho: vivir para ver, o simplemente: buenos días».<sup>4</sup>

3. Victor Hugo, «Ce que dit la bouche d'ombre», en *Les contemplations*.

4. Marcel Proust, *El mundo de Guermantes*, trad. de Pedro Salinas y José María Quiroga Pla, Madrid, Alianza, 1966, p. 367. (*N. del T.*)

La memoria, en efecto, no anda nunca lejos: «Cuando se tiene imaginación como usted, se **posee** todos los paisajes que se han amado, y ellos son el tesoro inalienable del corazón. Pero, después de todo, es natural que despierte gran emoción la morada en que tiene usted los recuerdos de sus seres queridos, y que no puede ver sino a través de las ensoñaciones que se remontan al lejano pasado». Es la memoria de la belleza la que permite a estos dos enfermos soportar la fealdad que los rodea. Proust está enfermo, la señora Williams, que no debe de ser muy feliz con su marido, por otra parte a menudo ausente, también. Se la ve partir para su temporada de las curas termales en Bagnoles-de-l'Orne. O: «Me entristece mucho saber que está enferma. Creo que la cama, si no la encuentra demasiado aburrida, ejerce una acción muy sedante sobre los riñones. Pero acaso usted se aburre (aunque me parece [*falta una palabra: ¿difícil?*] aburrirse con usted). ¿No podría mandarle libros? Dígame qué la distraería, me haría sentir muy dichoso». Y un verano, desde Caubourg: «Yo encuentro normal estar enfermo. Pero la enfermedad debería perdonar al menos a la Juventud, la Belleza y el Talento».

En el fondo de la enfermedad está la soledad: no es frecuente ver a Proust proponer su compañía a una mujer solitaria (carta 18). El marido de la señora Williams habría podido concebir sospechas por sus cartas, que van mucho más allá del arte de sondear el interior del alma ajena. Pero los dos corresponsales se ven atrapados por las desgracias de los tiempos, la guerra, sus duelos, sus destrucciones. Remitimos a la preciosa carta 16 sobre el bombardeo de la catedral de Reims. La

señora Williams ha hecho llevar a Proust un libro, en el que podemos reconocer el de A. Demar-Latour: *Ce qu'ils ont détruit. La cathédrale de Reims bombardée et incendiée en septembre 1914*, [La catedral de Reims bombardeada y destruída en septiembre de 1914]. Después de haber visto en la escultura de Reims la heredera de la Grecia antigua y el anuncio de la sonrisa de Leonardo da Vinci, él le comenta lo siguiente:

Pero yo que, en la medida que me lo permite la salud, hago a las piedras de Reims unos peregrinajes tan llenos del mismo asombro reverencial que los peregrinajes a las piedras de Venecia, creo tener el derecho a hablar de la pérdida que supondrá para la humanidad el día que las bóvedas ya medio incendiadas se desplomen para siempre sobre esos ángeles que, despreocupados del peligro, siguen cogiendo aún de la pétrea floresta frutos maravillosos adornados con su tupido y estilizado follaje.

Peor que la muerte de las piedras es la de los hombres, tal como testimonia una hermosísima carta de pésame a la señora Williams en la que Proust, antes de hablarle de la muerte del hermano de ésta, evoca la desaparición de Bertrand de Fénelon, argumento recurrente en todas las cartas de este período y que en la novela será transfigurada en la muerte de Robert de Saint-Loup: «Por lo que a mí se refiere, yo no tengo nada más que una experiencia ya larga y casi ininterrumpida de la tristeza».

La señora Williams se interesa por la obra de Proust. Éste se toma la molestia de explicarle que para com-

prenderla no basta con haber leído *Por el camino de Swann* y los extractos siguientes publicados en la *Nouvelle Revue Française* en 1914. «Pero ¿podrán estas páginas desgajadas del resto darle una idea del segundo volumen? No es que tampoco el segundo volumen signifique gran cosa; es el tercero el que ilumina y aclara los planes del resto. Sólo que cuando se hacen obras en tres volúmenes en una época en la que los editores no quieren publicar más que uno por vez, hay que resignarse a no ser comprendidos, porque el mazo de llaves no se encuentra en la misma ala del edificio que tiene las puertas cerradas.» Conviene saber también que los personajes aparecían muy distintos de cómo serán a continuación, muy diferentes de cómo son en realidad. Proust toma el ejemplo del barón de Charlus: el lector cree que el barón es el amante de Odette, mientras que Swann tiene excelentes razones para confiar Odette precisamente a él (en efecto, a Charlus no le gustan las mujeres). Y sin embargo, también Swann se equivoca, declara Proust en una segunda vuelta de tuerca: Odette es la única mujer con la que Charlus se irá a la cama, detalle que no acabó en la redacción final de la novela y quizá inspirado a Proust por la breve y dramática relación entre Montesquiou y Sarah Bernhardt. Hay que comprender el plan general y ello sólo es posible si se conoce el contenido de los dos volúmenes siguientes (se trata de *El mundo de Guermantes* y de *El tiempo recobrado*: en esa época, Proust cree que se podrá limitar a una novela en tres volúmenes).

¿Y el marido? ¿El ausente de la comedia? ¿El *terzo incommodo*? En *A la sombra de las muchachas en flor* Albertine describe así al dentista que en verano ejerce en

Deauville: «El viejecito del pelo teñido, que llevaba guantes amarillos, hay que ver la facha que tiene, ¿eh?, es estupendo: es el dentista de Balbec, un buen hombre». <sup>5</sup> Es extraordinario ver cómo Proust no deja que se pierda nada de su propia vida. Cabe así suponer que a cada figurante se le podría dar un nombre, que en cada hecho de la ficción subyace un acontecimiento real.

En estas páginas aparece otro personaje a menudo desatendido por los biógrafos, Clary, viejo amigo de Proust y descendiente de una familia emparentada con Napoleón. Clary también es amigo de la señora Williams. Está enfermo, se queda ciego (detalle que Proust atribuirá a Charlus ya anciano) y encuentra en la fe religiosa un sostén que Proust subraya en unos términos que no encontramos en ninguna otra parte: «He sabido por unos amigos muy queridos de usted una cosa que le digo en *confianza*; se trata, efectivamente, de un asunto muy delicado que me hace, sin embargo, muy dichoso, porque creo que puede proporcionarle un gran consuelo: me refiero a un despertar de vida profundamente religiosa, *una fe ferviente* y profunda».

Las cartas tienen el tono de la amistad, de la intimidad cada vez mayor, entre dos solitarios. Proust desea subir al piso de arriba para escuchar música, se dirige allí al menos una vez, <sup>6</sup> se interesa por el hijo de los Williams (nacido en 1904; Proust lo ve crecer, sus visitas le divierten, quiere hacerle regalos), por la salud de la mujer, y le prodiga consuelo.

5. Marcel Proust, *A la sombra de las muchachas en flor*, trad. de Pedro Salinas, Madrid, Alianza, 1968, p. 519. (*N. del T.*)

6. Véase la carta 19.

Bellas metáforas, emociones, ironía, ritmo: éstas son cartas de un gran escritor. Debemos cambiar de opinión sobre la correspondencia de Proust. Publicada entre 1930 y 1936, la primera edición de la *Correspondance générale* en seis volúmenes al cuidado de Robert Proust, Paul Brach y, para el tomo VI, de Suzy Mante-Proust (con la colaboración de Philip Kolb) fue tachada de adúladora, frívola, esnob y finalmente de tediosa. Algunos se han imaginado incluso que bastaría con leer unos fragmentos escogidos. La verdad es que es increíble cómo Proust consigue ponerse en la piel del interlocutor y llegar a la adivinación hasta la fusión total. Proust experimenta los sentimientos del otro antes de que él mismo haya tomado una conciencia plena, imagina y siente mejor que él. Le roba la palabra para hablar en su lugar.

No contamos con las últimas cartas enviadas por Proust. ¿Contenían éstas una despedida conmovedora? ¿Reaparecerán algún día como otras muchas, luego de haber dormido en colecciones desconocidas? El dentista deja el boulevard Haussmann al mismo tiempo que Proust, que, obligado a irse como consecuencia de la venta del inmueble, se traslada el 31 de mayo de 1919. Proust no ha hablado con nadie de la señora Williams. La mujer irá al encuentro de un triste destino: tras haberse divorciado de su segundo marido se casará con el gran pianista Alexander Brailowski, haciendo realidad así un gran amor por la música que el dentista solamente debía de satisfacer mediante el sonido de la ruleta. Luego, con un último y trágico golpe de efecto, ella se suicidará en 1931. Ya hacía mucho tiempo que no estaba Proust para hacerla reír y para consolarla.

En su actual estado, este diálogo, del que sólo podemos oír una voz, estando obligados a reconstruir la otra como un reflejo de la primera, un eco suyo, tiene la belleza de esas estatuas mutiladas que Proust evocó, cuando su vecina le envió su fotografía, a propósito de la catedral de Reims.

JEAN-YVES TADIÉ

## Nota a la edición francesa

Estas cartas han entrado a formar parte recientemente de las colecciones del Musée des Lettres et des Manuscrits.

Como la mayor parte de las cartas de Proust, no están fechadas. Hemos optado por el orden que parecía más lógico: desarrollo de la intimidad, alusiones a los trabajos, a los envíos de flores, a la guerra, a Joachim Clary, a las publicaciones de Proust que aportan una ayuda muy relativa. Hemos, pues, propuesto fechas hipotéticas.

Hemos respetado la ortografía de Proust, a excepción de las abreviaturas. Las palabras subrayadas por él están impresas en cursiva, así como los títulos de las obras.



Marcel Proust, 1908  
Fotografía inédita, colección privada

## Nota a la edición española

El respeto más riguroso a las peculiaridades de la escritura de Proust en sus cartas que preside la edición francesa de la *Correspondance générale* de Proust al cuidado de Philip Kolb y, a su muerte, de su equipo de la Universidad de Michigan, así como en la presente edición, es muy loable y está plenamente justificado dado el gran interés de todo tipo del ingente material póstumo aparecido tras la muerte de Proust. Pero es impracticable en una traducción extranjera. Por ello hemos normalizado en parte el texto con el fin de facilitar su lectura siempre y cuando se tratara de errores, lapsus involuntarios o mínimos detalles poco o nada significativos. Sí hemos respetado, en cambio, siguiendo los estudios iniciados por E.R. Curtius (1925), Leo Spitzer (1961) y Jean Milly (1975) sobre el estilo –en especial la controvertida «frase» de Proust («esa larga seda como yo la hilo», como dirá en carta a Gallimard, y que no es un flujo mental incontrolado, sino que conoce un freno interior)–, algunos rasgos de la puntuación del período sostenido y de la ramificación de los miembros de la frase, para cuya segmentación Proust recurre a paréntesis, guiones y su característico signo ortográfico de su invención (.-.), que encontramos ya en edad muy temprana en sus cartas para indicar los diferentes planos de su exposición. En cualquier caso, la «prosa poco respiratoria» habitual en muchas otras cartas de Proust, no supone en la breve correspondencia con la señora Williams ningún escollo a su lectura.



La señora Williams  
Fotografía inédita, colección privada